

Tanto lo creía, que allá por Diciembre, no pareciéndole que estaba el boticario todavía bastante pagado, volvió á montar otra tarde en la yegüecilla rabona, después de haber atravesado sobre ella unas alforjas llenas á taque retaque, y le llevó de regalo un jamón, dos morcillas, tres vueltas de chorizos y un solomillo entero; en fin, poco menos de media matanza.

Al despedirse aquella tarde del boticario, que naturalmente le había recibido muy amable, le preguntó Matías, después de repetirle lo menos diez veces que le era deudor de toda su dicha:

—¡Ah! Diga usted, señor don Feliciano, ¿y cómo se llama, si se puede saber, aquel espíritu que tanto atraía á Victoria y que tan admirable resultado produjo?...

—*El espíritu del imán*, —le contestó con aparente seriedad el boticario, que, en cuanto vió á Matías salir por la puerta, se echó á reír él solo á carcajadas.

¡UN BUEN HAYUCO!

—Que ya caen.

—Que no caen todavía.

—Le digo á usted que sí.

—Le digo á usted que no.

—Yo lo he visto, y contra lo que uno ha visto no se debe porfiar.

—Porque lo he visto yo también, sostengo lo contrario.

—Yo estuve anteayer en Valdelascortinas y ví que caían ya ellos solos; casi estaba el suelo cubierto.

—Pues yo estuve ayer en Majadavieja, y me causé de sacudir carcojas sin que cayera apenas ninguno.

—Pues lo que digo es que caen.

—Pues lo que digo es que no caen...

Y así seguía sin trazas de acabar esta discusión, tan luminosa y fructífera como suelen ser todas, entre dos vecinos de Villanoble en público concejo, sobre si los hayucos estaban ya en sazón para darlos, ó

estaban todavía duros de caer y convenía, por consiguiente, esperar unos días.

El hayuco, fruta casi desconocida fuera de las comarcas del Norte donde hay grandes hayedos, se cría en un erizo muy semejante al de la castaña y viene á tener la forma de un prisma triangular aguzado por los extremos, ó si se quiere de dos pirámides triangulares unidas por la base. La monda exterior es leñosa como la de la castaña y del mismo color que ésta; debajo tiene también como la castaña una película roja muy fina, despojándole de la cual queda blanco y hermoso el grano, que es de sabor muy agradable.

Nuestros académicos, por no perder la costumbre de barbarizar sobre todas las cosas, han barbarizado también sobre el hayuco llamándole *especie de bellota*; pero recientemente han sustituido esta definición, después que yo me reí de ella, con otra que no es buena tampoco, pues no dice más sino que hayuco es el fruto del haya, añadiendo que es de forma de pirámide triangular, lo cual no da idea de su verdadera forma, que no es de pirámide triangular, sino de dos pirámides como he dicho.

Constituyen los hayucos un sabroso cebo, muy apetecido del oso y del jabalí, que acuden á los hayedos á darse harturas en el otoño; y aun en el invierno escarban

la nieve para buscarlos en el suelo entre las hojas secas. También les gustan á los cerdos y les lucen mucho, por lo cual en algunos pueblos altos de Liébana hay la costumbre de llevar estos bichos al monte en la temporada anterior á la matanza, que coincide con la de la madurez de los hayucos, con lo cual, aunque no se ponen del todo muy gordos, adquiere el jamón un gusto exquisito.

En los pueblos más ilustrados de la zona del haya se aprovechan mejor los hayucos y se les da un empleo más noble: se recogen y se muelen para extraerles el aceite, que si no es tan bueno como el de oliva, es mucho mejor que el de linaza, y se usa para lucir y también como condimento.

A tal fin se tienen cotos los hayucos por la autoridad local hasta que llegan á su completa madurez, que es cuando, abierto ya el erizo, basta estremecer un poco el árbol para que se desprendan y caigan. Entonces se descotan ó *se dan* para que todos los vecinos tengan libertad de ir á ellos y coger cada uno los que pueda.

De esto se trataba aquel día en Villanoble, de descotar los hayucos, y á esto se refería la disputa entre los dos vecinos de que ya está el lector enterado.

Resolvió la cuestión el alcalde en el sentido de dar los hayucos á la mañana si-

guiente, porque, bien averiguadas las cosas, resultó que el que sostenía con tanto calor que no caían, que era el tío Meatrigos, lo hacía por dar tiempo á que volviera un hijo suyo que estaba forastero y le hacía falta para varearlos.

Aquella noche ya se hicieron en todas las casas los preparativos, que consistían principalmente en unir cuatro sábanas de modo que formaran una sola sábana muy grande, buscar peones para completar la cuadrilla, si en la familia no había bastantes, y preparar algo de merienda; y á la mañana, en cuanto tocaron unas campanadas muy menudas con la campana chica, que eran la convenida señal, empezó á salir la gente á bandadas y á ir al valle arriba en animadas conversaciones, contando lances ocurridos otros años en la misma faena ó haciendo cálculos y proyectos para el corriente.

—Nosotros—decía una mozuelilla muy pizpireta,—el año de la nevadona cogimos más de cuatro cargas, cinco costales, después de bien limpios cuatro y medio: los llevamos á moler á Soto y nos dieron á libra de aceite por celemín, ello unas cuatro arrobas; y no nos costó nada la molienda, porque le dejamos el *pan* (1) al molinero.

(1) Los residuos sólidos.

—Pues nosotros—decía un rapacete ya grandezuelo—nunca dejamos allá el pan, porque es un pienso muy rico. Aquellos ladrillines, después de machacados y deshechos entre la paja, hacen engordar mucho á los bueyes y ponerse muy lustrosos... Más queremos pagar la molienda, porque al cabo, un cuarto en libra de aceite ya se sabe á dónde llega...

Las mozas se habían puesto muy empejiladas, casi como para ir al baile los domingos, porque era muy posible que tuvieran que llegar á la mojonera y allí se encontrarán con las de otros pueblos limítrofes que anduvieran á hayucos también... y necesariamente las de Villanoble se habían de presentar más majas que las de Estercolera, las de Borregal y las de Valdebrujas...

Allá iba Vicenta la del tío Manco luciendo una saya de flor tostada, que regazaría en cuanto llegaran al monte para no rasgarla por entre las carcojas, y además para que se la viera el zagalejo encarnado de tinte fino. Allá iba Lorenza la de la tía Martina, con un pañuelo grande al cuello, de color de rosa, atado atrás, á la cintura, y otro francés á la cabeza, atado al moño con las puntas muy estiradas, dando aletazos conforme andaba. Allá iba también Casimira, que llevaba un manteo de muletón verde

con tres terciopelines por abajo á modo de tirana. Allá iba igualmente Inés la de la señora Josefa, con una falda de percal azul con rayas blancas, una chambrá pajiza con flores encarnadas, y pañuelo blanco de cenefa morada á la cabeza con las puntas atadas debajo de la barba, que era la última moda...

Al llegar cerca del hayedo se fueron formando las cuadrillas y dirigiéndose á diferentes valles, según la inclinación y las noticias que tenían.

Cada cuadrilla se componía de cinco personas, cuatro que solían ser mujeres ó rapaces, para tener por las puntas de la sábana y aparar en ella los hayucos que cayeran, y otro, que solía ser un mozo robusto y ágil para hacerlos caer golpeando las hayas con la cota del hacha.

Este último oficio es más difícil de lo que parece, porque no siempre se encuentran hayas novalias ó carcojas, que con sólo ponerse al pie y darlas un golpe se estremecen y sueltan el fruto; sino que á veces hay que entenderse las con hayas viejas, gordísimas, en cuyo tronco, de una vara ó vara y media de diámetro, lo mismo sería dar golpes que darlos en la muralla de la China. El que ha de sacudir ó varear los hayucos de estas hayas tiene que subirse á ellas é ir sacudiendo cañón por cañón y

rama por rama, para lo cual necesita esguilar bien, ser muy suelto y tener buenas uñas.

De todo esto se preciaba Angel del Hoyo, que era el sacudidor que había ido á buscar á Vallefrío la viuda del tío Pelegrín por no tener hombre de suyo, y con el cual iban ella y sus tres hijas, dos casaderas y otra todavía muy rapaza.

Era este Angel, ó *Angelo*, como le llamaban en su lugar, un mozo ya entrado, que había servido al Rey... y á la Reina; porque le cogió allá la muerte de Fernando VII, y aunque estaba ya entonces casi cumplido, como empezó en seguida la guerra civil y no licenciaron á nadie hasta la conclusión, tuvo que servir otra tanda de años, lo que le valió para traer que contar muchas cosas y muchas valentías de sí mismo.

Le gustaba la hija mayor de la tía Peregrina ó de la tía Peliblanca, como llamaban también á la viuda; y esta afición, unida á lo vivaracho que él era de por sí, le hacía desempeñar tan á finas veras su labor, que andaba en un pie, como suele decirse, y no descansaba un instante.

—¡Aquí, aquí!—gritaba cuando veía una haya bien cargada de hayucos. Acudían las mujeres, extendían la sábana, y de cuatro trastazos los hacía caer todos.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Ea! — continuaba, — acribadlos un poco, y al costal con ellos.

Y mientras las muchachas echaban los hayucos en el cribo y les quitaban al ronco algún erizo y alguna hoja para echarlos en el costal, buscaba él otra haya donde repetir la operación y aumentar la cosecha.

Andando, andando, se puso á mirar una haya muy grande en cuyo grueso tronco, hasta las seis ó siete varas de altura, no había ni una rama.

—Esta—dijo cuando llegaron las mujeres,—tiene muchos hayucos y buenos; pero es algo difícil de conquistar...

—No digas que es difícil—le replicó la tía Peliblanca;—dí que es imposible, y acabas primero.

—Eso de imposible...—repuso el mozo, —ya lo veremos.

—¡Más visto!—dijo la viuda.—¿Cómo has de subir ahí?...

—Para todo hay maña, tía Lorenza...

Y diciendo esto, fué Angelo y cortó una carcoja delgada y alta con muchas ramas, se las podó todas, no al rape, sino á cosa de un palmo de distancia del tronco, la pinó arrimada al haya grande, y por los podijones se subió hasta el cañón bajero.

—Mire usted cómo y en qué instante se hace una escalera,—dijo desde allí á la viuda, muy satisfecho.

—Ya, ya; ¡no discurreste poco!—le contestó ella.

—Y ahora, si te derribáramos ese armatoste—le dijo una de las mozas,—¿por dónde bajabas?

—De un blinco,—respondió él riéndose.

Comenzó en seguida á menear esta rama, á golpear la otra, á sacudir la de más arriba, y comenzaron á caer granizadas de hayucos que era una bendición de Dios. En un instante se cubrió la sábana que la madre y las hijas procuraban tener lo más extendida posible.

—Es que has hecho un gran labor, Angelo, con subirte ahí,—le decía la tía Peliblanca muy complacida.

Con lo cual se llenaba él de vanidad y de esperanza de buen resultado en sus pretensiones, y se iba subiendo cada vez más arriba sin reparar en peligros.

Rompiósele en esto una ramina muy delgada, de la cual se había agarrado para estremecer otra mayor; perdió con el vaivén el equilibrio, se le fueron los pies del cañón en que los tenía, y empezó á caer dando tumbos de rama en rama.

Le vió desprenderse el mala entraña de Manolón, que estaba puesto en otra haya allí cerca, y en vez de asustarse y dar un grito de alarma y de aflicción como hubiera hecho cualquiera otro, dijo con sorna á las

mujeres que estaban abajo y que aún no se habían enterado del percance:

—¡Allá os va un buen hayuco!

—¡Ahora con mil diablos!—dijo sin poderse contener la tía Peliblanca al levantar la vista y ver bajar á Angelo hecho un gorgoto.

Mas á pesar de la tentación que tuvo de risa, cuidó de mantener tirante la sábana para recibirle en ella, y sus dos hijas mayores lo mismo, con lo cual le aminoraron mucho el golpe. Y aun se le hubieran parado por entero, si no fuera que la rapaza, con el susto, dejó escapar la su punta.

Así y todo, el golpe no fué mortal: no se rompió Angelo más que una costilla.

—No fué nada para lo que pudo haber sido—decía él después contando el suceso,—y casi que lo que más sentí fué la burla.

DEMASIADO PRONTO

Al deshacerse el baile un domingo por la tarde en Cernadela, dos mozos se trabaron de palabras y concluyeron por cascarse la liendre.

Versó la disputa, al parecer, sobre cuál de los dos tenía más disposición y más habilidad para la cantería, que era el oficio á que uno y otro se dedicaban. Pero no era esa la madre del cordero, sino una galleguina paliducha y esmirriada, con unos ojos negros muy grandes, que parecía el espíritu de la golosina y que á los dos les tenía vuelto el juicio.

Uno de ellos, Juan Bouza, había sido ya novio de la muchacha anteriormente, y sin saber por qué, la había dejado.

Después había empezado á cortejarla Joaquín Pradeira, el otro contendiente, con tan buenos auspicios y con tan claras señales de hallar correspondencia, que ya se creía dueño de la muchacha y de las *terri-*

ñas adyacentes; pues no sólo Rosa, que así se llamaba la chica, le daba á entender que por ella no había para, sino que aun la madre, que era por de pronto la que mandaba en todo, le significaba con bastante claridad que tampoco había de quedar por ella.

Pero el diablo, que todo lo enreda, ó por lo menos tiene fama de ser el que lo enreda todo, aun lo que enredan muchas veces los hombres—que también son seguros para enredar las cosas, y las mujeres... ¡no digo nada!—el diablo, que es por lo menos tan seguro para enredar como los hombres y las mujeres, y que si no lo enreda todo, enreda muchas cosas, enredó éstas de modo que unos días antes del suceso que voy á contar, Juan Bouza, que había pasado la primavera y el verano en tierra de León en una carretera haciendo alcantarillas, tornara á su país con un traje nuevo de pana, una boína azul y un tapabocas de rayas azules y negras, tan ancho, que no sólo le tapaba la boca, sino todo el cuerpo.

En cuanto su antigua novia le vió por allí tan retejado, se la recrudeció la afición que del todo no le había perdido, y se propuso volverle á hacer á la mano sin perdonar medio.

Un sábado por la tarde, la víspera del domingo de la cuestión, estaba Rosa con otras muchachas arrancando maíz en una

heredad próxima á las casas del barrio, y estaba no lejos Juan Bouza partiendo piedra para cercar otra finca contigua. Y como la muchacha notara la vecindad del mozo, comenzó á cantar con voz muy clara y penetrante, matizada de melancolía, cantares referentes al asunto, que eran verdaderas saetas de esas que van derechas al alma.

Como, por ejemplo:

«Dixiste que me querías
Y á la postre me olvidaste,
Si viás que non che gustaba
¿Para qué me enamoraste?»

No era de acero el corazón de Bouza como la herramienta con que trabajaba, ni siquiera de piedra como la que estaba partiendo; de manera que si el pico y el puntero y la uñeta, con tener las bocas de acero se desgastaban, y si la piedra con ser piedra se abría en prismas rectangulares que parecían traviesas de ferrocarril, no tiene nada de extraño que el cantero no pudiera resistirse á las punzadas de los cantares de la muchacha, ni que se le enterneciera el corazón, ni que suspendiendo por un rato la obra se aproximara á la cerca de la heredad donde trabajaba Rosa y entablara con ella un diálogo que, medio traducido del gallego al castellano, vendría á ser el siguiente:

- ¡Qué contenta estás, Rosiña!
- ¿Díceslo por hacer burla?
- Dígolo porque cantas.
- Cántase también por disimular penas...
- No creo que las tengas... ¡Si dicen que eres tan afortunada!...
- Alguna vez creí que lo era... Pero cualquiera se equivoca.
- ¿Y en qué te has equivocado, si se puede saber, y por qué tienes penas?
- No te interesará mucho saberlo.
- Mucho más de lo que tú te figuras.
- No puedo figurarme que te interese nada, porque cuando hay interés en saber, se pregunta.
- Y ¿qué estoy haciendo más que preguntando?
- Pero has pasado mucho tiempo sin preguntar y...
- Porque no esperaba buena respuesta.
- Páreceme que no dices verdad.
- ¡Rosa!...
- ¡Juan!...
- En fin, que después de éstos y otros dimes y diretes, Juan y Rosa volvieron aquella tarde misma á hacer las paces.
- Y como nunca falta quien se goce en dar malas noticias, no pasaron dos horas sin que una de las muchachas que estaban con Rosa arrancando maíz fuera á contarle á Pradeira lo sucedido.

Ya se comprende que al pobre Joaquín no le cocerían buenas berzas con la noticia; y eso que no podía él acabar de creer que fuera cierta...

¡Claro! El hombre no había nunca oído cantar aquello de

La dona é mobile
Cual pinna al vento...

Y aunque lo hubiera oído no lo hubiera podido entender, porque no sabía italiano; de manera que no le cabía en la cabeza que Rosiña fuera tan voluble.

Pero al día siguiente se encontró con ella después de misa, y dirigiéndola un requiebro para entrar en conversación, le contestó sin detenerse con tal despego y con tan marcado desabrimiento, que ya no le quedó la menor duda.

Enfadado y casi enfurecido pasó todo el día haciendo coraje para tramarla con su rival en la primera ocasión que se le ofreciera.

Y si no se le ofreciera pronto, él la buscaría... Como en efecto la buscó aquella misma tarde, pues hallándose Bouza en un corrillo con otros mozos contándoles las aventuras del verano en las obras, se aproximó Pradeira, y sin dar siquiera las buenas tardes, terció en la conversación

diciendo que conocía él á algunos que, echándose las de buenos canteros, no tenían más que planta y fantasía.

Lo intempestivo de la interrupción puso nervioso á Bouza, que contestó inmediatamente:

—*Esu diráshu pur dalgún otru, que non pur Xuan Bouza.*

—*Dígolú pur quen queiru,*—replicó Joaquín con tono agresivo...

Comenzó la reyerta... y sobre si éste había dicho que aquél era un desmanicado, y si aquél había dicho que á éste le habían echado de una obra por inútil, se agarraron y comenzaron á darse cachetes.

La cosa no hubiera pasado á más, pues los circunstantes en seguida trataron de meterse por medio y separar á los enlanaados; pero quiso el demonio que se hallara presente un hermano de Juan algo más joven, quien al ver que Joaquín tenía á su hermano cogido por el cuello en ademán de esgañarle, enarboló el palo que llevaba en la mano y le descargó sobre Pradeira, con tal brío, que le hizo caer al suelo con la cabeza rota.

A lo primero se creyó que le había matado. Las mozas, que en aquel momento se marchaban del baile, dieron en dar unos gritos que parecían aullidos; los mozos, la mayor parte se escabulleron para no ver-

se á otro día complicados en la causa; pero algunos, con más serenidad, cuidaron de levantar del suelo á Pradeira y le llevaron hacia su casa sangrando como un chivo.

Alborotóse el pueblo, vino el señor cura con la Santa Unción, llegó el alcalde, y aunque pronto se les fué aminorando á todos el ahogo y pasando el susto, porque Joaquín fué recobrando el conocimiento que había perdido con el golpe y se vió que sólo se trataba de una descalabradura sencilla, con todo, por temor de que la herida fuera de más importancia de la que á primera vista parecía y tuviera algún mal resultado, el alcalde trató de ponerse á cubierto de toda responsabilidad, dando parte al juez de Puenteareas.

Juan Bouza y sus hermanos y su padre trataron de que se echara tierra al asunto sin que se enterara el Juzgado, que, donde cae, hace más daño que la langosta. Para ello, ofrecían desde luego, bien convencidos de la fuerza del refrán popular que dice que «el que rompe paga», costearle la curación al herido, amén de pedirle perdón y darle todo género de satisfacciones. Pero el alcalde no se avino á quedar con las espaldas abiertas á lo que pudiera sobrevenir, y dió parte.

El Juzgado ordenó en seguida el reconocimiento facultativo.

Hallábase por aquel entonces representada la facultad de curar en la villa de Puenteareas por un cirujano romancista del antiguo régimen, llamado don Rosendo Pardo, muy amigo del vino y más del dinero, sin conocimiento ninguno de la cirugía ni de la medicina, pero con mucha gramática del mismo color de su apellido.

Gracias á ella, cuando no sabía qué recetar á un enfermo, cosa que le solía ocurrir siempre que le llamaban, le contaba un cuento, le decía un chiste, y así salía del paso.

Tenía, además, sus lugares comunes para aplicar á las distintas clases de enfermos. Por ejemplo, si le llamaban para un niño, decía por toda solución: *¡Anxelinus al cielu!* Si le llamaban para un anciano, decía: *¿E comu queire qu' eu i quite os años?...* Si el enfermo era persona robusta y de buena edad, solía decir: *Cunviene deixar a la naturaleza...*

A este *facultativo* ordenó el Juzgado de Puenteareas ir á Cernadela á reconocer y curar al herido, con encargo de que á la vuelta acudiera á prestar declaración sobre su estado en la causa que comenzaba á instruirse. Y como la orden no se le comunicó hasta el lunes á eso de mediodía, no llegó el cirujano á Cernaleda hasta el oscurecer, ó sea á las veinticuatro horas del gol-

pe, cuando el herido tenía ya tiempo de sobra de haberse muerto si no se le hubiera hecho remedio alguno.

Afortunadamente, la madre de los Bouzas, que era algo curandera, se había presentado desde el primer momento en casa de Joaquín, y haciendo mil protestas contra la azaridad que habían cometido sus hijos, le había atajado la sangre y le había curado la herida, para prevenir la inflamación, con un bálsamo que sabía ella hacer, parecido al de Fierabrás en la rapidez de las curaciones, llamado allí *la melecina de as nueve cousas*, porque no entraba en su composición ni una menos, siendo ellas: vino hervido con romero, y van dos; azúcar, tres; aceite, cuatro; miel, cinco; manteca, seis; clara de huevo, siete; cañada de vaca, ocho, y enjundia de gallina, nueve.

Humedecida frecuentemente con este complicado y prodigioso bálsamo la herida de Pradeira, cuando el cirujano la descubrió estaba ya en franca cicatrización, casi curada.

Pero don Rosendo comenzó á mover hacia los lados la cabeza, como para dar á entender que no le gustaba nada la cosa. Y además de darlo así á entender, lo dijo: que aquello era muy grave; que la herida aquella, por el sitio en que estaba y la profundidad que tenía, tardaría muchísimo tiempo

en sanar... y gracias que el herido escapara con bien, cosa que todavía no podía asegurarse, porque estaba expuesto á muchas complicaciones.

La madre del culpado, que lo estaba oyendo, dijo para sí: «¡Este hombre nos pierde! Si declara eso en el Juzgado, no se desenredan los mis hijos de la causa en toda su vida». E inmediatamente concibió la idea de proponer algún arreglo al cirujano.

Para hacerlo con más comodidad y con la reserva conveniente, discurrió decirle que cuando concluyera allí, hiciera el favor de ir á su casa á ver á su marido, que estaba enfermo del susto.

El cirujano comprendió bien pronto de qué se trataba, pues no era aquélla la primera zorra que había desollado, como suele decirse, y accedió á la indicación, diciendo á la mujer que iría en acabando.

Fuése ella á su casa antes que don Rosendo á prevenir las cosas y consultar el caso con la familia; y aceptada la idea por el marido y por los hijos, tan pronto como el cirujano se presentó allí, le planteó la cuestión el supuesto enfermo diciéndole:

—*Siñor dun Rusendu... je non se podeira esu arreglare?...*

El cirujano calló unos momentos como meditando en la gravedad del caso, y después contestó:

—*Si pur ciertu: se pode arreglar cun dos onzas.*

Y levantando la mano izquierda con dos dedos extendidos, volvió á repetir: *dos onzas.*

Le replicó Bouza el padre respetuosamente que dos onzas era mucho dinero; que ellos no tenían tanto; que á duras penas podrían reunir la mitad, y le suplicó que en lugar de las dos onzas viera de contentarse con una.

A esto dijo el cirujano muy enfadado que una onza no era nada para la gran responsabilidad que él iba á contraer por servirles; que por las dos onzas se arriesgaría á dar una declaración favorable, diciendo que la herida no era más que un rasguño que estaría curado al día siguiente, con lo cual todo quedaría reducido á un juicio de faltas; pero él quedaba expuesto á que el herido, de la noche á la mañana, se agravara y se muriera, y entonces... ¿por dónde iría su reputación como facultativo?

Los Bouzas ofrecieron entonces hasta veinte duros; pero don Rosendo se volvió á enfadar, diciendo que no podía ser menos de lo dicho, y que se decidieran pronto, porque tenía prisa... y de no arreglarse, no tendría más remedio que poner en la declaración la verdad; es á saber: que la herida era grave, y que tardaría en curarse un par

de meses si no resultaba alguna complicación de fatales resultados, cosa muy temible; con lo cual quedaban los agresores envueltos en una causa criminal que les había de costar mucho más de las dos onzas y mucho más de cuatro...

Ante esta amenaza, los padres y los hijos se miraban unos á otros atemorizados; y aunque estaban decididos interiormente á aceptar el arreglo á toda costa, insistían en pedir rebaja.

Por último, después de mucho recatear, don Rosendo, rebajó dos duros de lo que había pedido, quedando ajustada en los treinta la declaración favorable.

La familia empezó á rebuscar por todos los escondrijos, y duro de aquí, coronilla de allá, peseta de acullá, reunieron entre todos los seiscientos reales, que, con duelo de su corazón y yéndoseles los ojos tras de ellos, entregaron al cirujano, el cual, aparentando recibirlos á regañadientes, los guardó muy contento en el bolso y montó á caballo para volverse á su casa.

Apenas había salido de la de los Bouzas, se miraron éstos con tristeza mezclada de malicia.

Aquellas miradas querían decir: «¿No es buena lástima que este ladrón de este tío mata-sanos se nos lleve esos treinta duros, que son nuestros ahorros de todo el año de

Dios, hechos á fuerza de privaciones y á costa del pellejo?»...

Después cambiaron los dos hermanos algunas palabras en voz baja.

En tanto, don Rosendo Pardo pasaba el puente de Cernadela, que no es romano como suelen decir en el país, sino gótico, del siglo xv; subía pausadamente en su caballo la cuesta sobre que se asienta la parroquia de Mondariz; tornaba á descender hasta el aguanal de Gándara; volvía á subir al barrio del Troncoso; y cuando se había ya internado en el monte de Pías, al llegar á un recodo del camino, oyó que le gritaron de muy cerca:

—¡Alto!

Paró el caballo, miró hacia la derecha, que era donde había salido la voz, y entre la oscuridad de la noche percibió dos hombres con las caras tiznadas, uno de los cuales le apuntaba con una escopeta, mientras el otro le amenazaba con un chuzo.

—¿Qué queredes?—les dijo en correcto gallego.

—*Os cartos que usted leva,*—le contestaron resueltamente.

Entonces el cirujano, que desde el primer momento había conocido que los que trataban de quitarle los cuartos eran los

mismos que se los acababan de dar, se echó mano al bolsillo, diciendo:

—*¡O demous leve!... Tomalos, tomalos, que á declaración inda no está posta* (1).

Los asaltantes, que en efecto no eran otros que los Bouzas, que habían salido detrás de don Rosendo, y por el atajo de la orilla del río se le habían adelantado, al comprender por las últimas palabras del cirujano que éste les conocía, echaron á correr monte abajo sin recatarse, dejando en paz á don Rosendo, que poco después llegaba á Puenteareas con sus treinta duros y los guardaba muy contento con otros frutos de otras infamias.

(1) ¡El demonio os lleve! Tomadlos, tomadlos, que la declaración todavía no está puesta.

EL MILAGRO AL REVÉS

—Buenos días, señorito—me dijo el peatón al llegar á los espinos de Piedras del Agua, donde le estaba yo esperando sentado á la sombra.

—¡Hola, Juan! buenos días,—le contesté.

—Ya estamos acá,—continuó diciendo mientras forcejeaba por sacar unos papeles del bolso de la chaqueta.

—Que sea enhorabuena, hombre,—le dije yo alargando la mano para cogerle el correo.

—¡Calla! ¿Pues quién le dijo á usted que yo me había acomodado?—me preguntó muy sorprendido.

—¡Ah! ¿Te has acomodado?—le pregunté yo á él con igual sorpresa.

—¡Ah!... ¿Usted no lo sabía?... Como me dijo usted «que sea enhorabuena», creí que sabía usted que me había casado el miércoles.